UNA BELLA EXCITACIÓN AL RECUERDO DE JOSE JUAN TABLADA A DON RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.—En una revista americana y dedicada a nuestro colaborador y amigo Alfonso Reyes, hallamos esta página del poeta mexicano José Juan Tablada, llena de gratísimas insinuaciones y escritas con el verbo ágil del aticuo autor del «Bestiario». Por venir de quien vienen y por estar dedicadas a nuestro querido don Ramón, las reproducimos para regalo de los lectores de COSMÓPOLIS.

«Si una noche una «panne» del automóvil, me hubiera hecho descender en la carretera de Fordham y si del histórico y pobre «chalet» que a la vera se halla, hubiera visto salir a su dueño, Edgard Allan Poe, con aquella faz pálida, sonriendo amargamente al claro de luna, mi emoción de irrealidad hubiera sido semejante a la que me produjo ver a don Ramón del Valle Inclán en un cuarto, absolutamente «standard» del Hotel McAlpin...

Ver, en cambio, a Valle Inclán corporizándose entre las sombras del hipogeo, en el corazón de una pirámide egipcia, o identificándose, para hablarme unciosamente, con algunos de los personajes del «Entierro del Conde Orgáz», o desgajándose de un rayo

de luna, procedente del satélite como Cyrano, me hubiera parecido natural y lógico, dadas las esenciales virtudes cabalísticas, ascéticas y romancescas del alma de mi amigo ilustre.

Pero verlo en un cuarto del McAlpin, blanco y, a pesar de los caloríferos, frío como un refrigerador, para mantener en estática conserva almas jamones y almas hortalizas, o si acaso, las almas un tanto florales de las rubias mujeres, animulas, como las flores más bien geométricas que el microscopio en las cristalizaciones de la nieve, revela...

Ignorando que en Nueva York, espiritualmente, puede uno ser noctámbulo de día y también porque el sol suele ser una pelota de «foot-ball», que solo a puntapiés llega al «goal» del meridiano, don Ramón se había desvelado, y apareció ante mí en la puerta del refrigerador, envuelto en sus pijamas aurorales... ¡a la una de la tarde!

Vi esa figura que la reciente iconografía ha sustituido en mi magín por la del Valle Inclán juvenil.

Del aparecido los ojos, aguileños para el misterio trascendental, estaban hoscos a la luz eléctrica, bajo los quevedos turbios que los dilataban en pupilas de buho; hoscos a la luz de Edison, que en resumen nada alumbraba en estas aciagas y gigantescas estructuras; hoscos porque difundidos en panoramas cósmicos y en lontananzas infinitas, tenían que retraerse al minúsculo instante y a la realidad estricta.

Don Ramón aparecía con paso inseguro, y frotento; se sacudía del pijama escamas de Quimera, que al caer de su cuerpo, ya no eran gemas, sino pavesas... Surgía entre escombros de éxtasis. Los ruidos de esta urbe le habían despedazado, los edificios de cristal de nna Isla de Murano.

Nueva York convierte el pulso del tiempo en alaridos y fragores. Nueva York es la corola de un megáfono de fonógrafo en cuyo ombligo estamos. Siempre hay algo que se despedaza

y algo que irrumpe estólido con gruñidos de terremoto. Oswald, el «revenant», diría: ¡Dame el silencio, Madre mía...! «Penélope forja y desforja, sobre un yunque trepidante, sin que vuelva nunca Odiseo, luchando en un mar de plomo, con marejadas de números que nada tienen de pitagóricos...»

Si aquí y en el mundo y en la Cartago universal, los números, esos números, se declararan en huelga... qué muelle sendero se tendería, para vuestra ánima (y la mía): ¡oh don Ramón del Valle Inclán!

Me dijo don Ramón alborozado:
—¡Tablada...! ¡El hombre que no cambia!

Y me sentí halagado... Pero luego extendió don Ramón un índice marfilino, un dedo tímido de pretérito, y me dijo, como en medio de un sueño:
—Hace un cuarto de siglo que nos conocimos, allá en México...

La X de México, dilecto Alfonso Reyes, ¡tornóse en mi frente abatida, Cruz de Miércoles de Ceniza...!

¡Y Valle Inclán, saturnino, devoró mi entusiasmo, como a su propio hijo!
—Y a México, mi don Ramón, ¡cómo lo habéis encontrado!

—Hermoso... Enorme... Desmesurado. De las cenizas de la Revolución, resurge la Tradición...! Chapean con azulejos las fachadas de los templos...
—¿Y adentro...?

—¡Otro amor, más abstracto, se sublimó!

Y yo, pensé en La Villa, donde por un instante, germinó en flor de fuego, junto al rústico ayate, Nuestra Señora de la Dinamita... Prosiguió don Ramón:

—La guerra es buena... Es una incubadora que al progreso acelera...

Yo pensé en el zompanli lleno de calaveras... ¿Serán huecos los cráneos...?

—Sabe usted de Diego Rivera?...

Y como hablando de un hereje, que al fin se convirtiera, escapando de la hoguera y de la Inquisición, me dijo, católico, don Ramón:

—Tras de «la cubista aventura», Rivera se ha convencido de que no existe otra pintura que la de nuestro Goya y la de los italianos primitivos...

Valle Inclán sonreía... y meditaba yo:

En el Arte y en el Amor, la experiencia debe comprarse con sangre del propio corazón... De espaldas a la estrella polar, tenemos para descubrir, que circunnavegar... Y solo después de las noches y las tempestades del mar, y los espejismos del desierto, podemos descubrir en el nativo huerto, la frescura del agua virgen y el íntegro sabor del pan!

Mi recuerdo evocó a Diego Rivera el pintor de innumerable corazón...

Y la pintura en devenir, que con los engranajes del reloj muere sin cesar el porvenir! Sombras de Dostoiewsky, parábolas de Niezche y ritmos de Stravinsky, ¡Renoir sinfónico y Cézanne arquitecto y esencial. Mundo que se destruye, para volverse a formar; en conmovedora anarquía enamorada de la geometría!

Las manzanas de Cézanne girando como los mundos. El relámpago azul y rojo de Picasso, y sus violines y sus guitarras en fracaso, con las S S de los Stradivarius, convexos y cóncavos! Las «Naturalezas muertas» donde como en el torno, los cacharros dan vueltas; donde lo único plano es el papel tapiz, en pedezos, y hay argamasas, de plásticos efectos, que deben sentirse como leen los ciegos, con las puntas de los dedos...

Y aquellos retratos que seducen por su carácter móvil, fragmentarios, como el recuerdo de aquella novia que mató un automóvil, y que el prisma del pensamiento maliza en los aniversarios, con los colores del espectro.

Hasta el decadente simbolismo de Picabia, que embotelló a una «girl» de Newark, dentro de una lámpara del Brujo pueril de Menlo Park... Hasta que Picabia se comió sus propias manos, en canibalismo Dadá...

Después de todo eso, y de mucho más, Diego Rivera, trágico Capitán

Tiburón. del periplo desembarcó, como un Odiseo «fauve»... Volvía de las paradisíacas Maniguas del «Aduanero» Rousseau; de Toledo reformado por el Greco; de la Umbria, de Tahiti; de las máscaras que talló, en ébano del Congo, la Costa del Marfil; de las «orquestaciones» de Braque y de los «puertos» de Vlaminck...

Combatieron su nave, desde cada punto cardinal, cuatro vientos, lo Posible y lo Absurdo, lo imposible y la Verdad.

Diego Rivera, Capitán Tiburón. de la pipa y las harbas de collar, gigante hermano de Van Gogh y argonauta de la Cuarta Dimensión, ya en México, recrea una humanidad esencial... Figuras que como la escultura del cánon de Miguel Angel, pueden rodar desde la cumbre de la montaña y llegar hasta el valle, intactas, en su inmutable simplicidad...

Quizás Diego Rivera forjará el perdido eslabón, en la cadena de la Tradición, para cerrar un ciclo espiritual para que se den las manos el terror azteca y el misticismo colonial y nuestra alina moderna, a la sombra colosal de un «tlacuilo» toteca y de un monje de Zulbarán!

Tuvo don Ramón la inmadura intención de hablarme de Rusia y de la revolución... De leyes agrarias, en la Roma Cesárea y en Navarra... Me despedí. Los propios «esperpentos» que don Ramón creara llegaban... Me fui sin hablar de la mariguana y de algún otro tópico del Trópico...

¡Ah, don Ramón del Valle Inclán! Mago, demiurgo, amigo de Rubén Darío que acarició con mano de oro, vuestras harbas de chivo; mantenedor de la España inmortal, en los Juegos Florales desleídos en retórica vanidad!...

¡Para mí, sois más! ¡Porque habéis ido a México como Quetzacoatl, un poco lucero de la tarde y un poco auroral, sin armadura de conquistador. Porque fraternalmente habéis gustado nuestro mole y habéis fumado nuestra «yerbabuena» y habéis amado nuestra

COSMÓPOLIS

Niña Cholel Y habéis dejado entrar a vuestro potentoso corazón, el jugo del maguey, la fruta del nonopal y todo nuestro sol...

Y sois aún más... ¡Oh Valle Inclán mancebo, que a la luz de la luna, en las calles de México, hace un cuarto de siglo, departía conmigo, en un extraño Symposium platónico! ¡En el verbo del juvenil Valle Inclán, la exaltación de las plazas de toros, batía los muros torvos del Escorial... como en una aguafuerte de Goya, don Quijote hundía el rayo de luz de su lanza en la gravitación de Sancho Panza, bajo la indiferencia glacial de nuestra Dulcinea, la Mujer Muerta del volcán...! ¡Erais entonces don Ramón del Valle... de México! A vuestros teosóficos conjuros, surgían los ídolos empujados en los muros bermejos de los viejos palacios coloniales... ¡Noches inolvidables!

¡Don Ramón sea feliz vuesa merced!
 ¡Que nuestros cocos se desgajen en los estíos desalterando vuestra sed!
 ¡Que los cocuyos del Trópico llenen de reveladores arabescos vuestros insomnios!... ¡Que las hamacas de la Niña Chole, profundas y rítmicas, arrullen vuestras siestas de Galicia...!
 Y los salterios indios, sublimen vuestros tedios, con los sollozos del «Cielito Lindo»... Y para ahorcar vuestro hastío y lanzar como en frondas vuestros diamantes líricos, aniquilando el tiempo y el espacio,

en perpetuo prodigio,
 ¡os sea propicio
 nuestro fuerte
 Cábano
 Indio!